

PARTE II

La relación entre profesionales y sectores populares

1. INTEGRACION FORMAL Y SEGREGACION REAL: MATRIZ HISTORICA DE LA EDUCACION POPULAR

*Gabriel Salazar V **

A lo largo de muchas décadas, la actividad social desplegada por los pobres para resolver por sí mismos sus problemas básicos de supervivencia ha sido, de parte de los políticos y teóricos chilenos de mentalidad "nacionalista", consistentemente desvalorizada. En primer lugar, porque se la ha considerado una actividad que no se orienta según fines "nacionales" sino meramente "privados". En segundo lugar, porque constituye una actividad territorialmente dispersa, fragmentada, individualista y con un bajo índice de institucionalización nacional. En consecuencia, en tanto que es una actividad que se constituye como un "objeto atomizado", se le niega la posibilidad de acceder al rango de "sujeto histórico". Y no accediendo a este rango, no puede ser considerada como expresión de un movimiento social"; es decir, como una fuerza capaz de operar en el plano de los "problemas nacionales" y del Estado. De este modo, se concluye la paradoja de que la lucha de los pobres para subsistir y humanizarse, aunque constituye la esencia misma de la llamada "cuestión social", no es un "movimiento social", sino otra cosa. Cualquier otra cosa. O si lo es, sería un movimiento social de baja categoría.

La deducción que los políticos y teóricos chilenos de mentalidad "nacionalista" han realizado a este respecto no se detiene, sin embargo, allí. Pues -se agrega a lo anterior- siendo la actividad subsistencial de los pobres una mera "actividad fragmentada" y no un formalmente establecido "movimiento social", entonces el problema social que motiva esa actividad no puede representarse a sí mismo frente a la Nación y al Estado, sino mediante la intervención de terceros. El quehacer de los pobres en torno a su propia identidad indigente requiere -según esta perspectiva- delegar a otros su contenido "político". O, si se prefiere una expresión más provocativa, conlleva el escamoteo de su contenido "histórico" por parte de la clase política y el Estado. Pues los problemas sociales son asuntos privados que no constituyen en sí movimiento social. Las soluciones a esos problemas, en cambio, son asuntos públicos que requieren ser trabajados mediante la acción politizada de movimientos sociales institucionalizados de relevancia nacional".

Es evidente que, en este tipo de análisis, lo político" ha sido reducido al quehacer público e institucional en torno a los "problemas nacionales" y al "Estado". Sin embargo, tal reducción no impide manejar el concepto (de lo político") de un modo absorbente, pues de hecho opera vaciando y capturando para sí el contenido político eventual del resto de las actividades "sociales". En los hechos, ese modo absorbente opera compulsando a ese resto de actividades sociales a delegar su contenido político a los grupos que laboran especializada y profesionalmente en torno a los problemas nacionales y el Estado. Es difícil no pensar que la definición reductivo-absorbente de "lo político" (que desvaloriza históricamente a muchas actividades sociales esenciales) resulta indispensable para la reproducción histórica y social de la "clase política" es decir, para los intereses específicos de aquélla.

* Historiador, investigador SUR

Puede que sea falso que los políticos profesionales (y sus ad-láters intelectuales) estén difundiendo definiciones que, en el fondo, apuntan a preservar la permanencia de su "negocio", y nada más. Sin embargo, el hecho lógico de esa "indispensabilidad" no puede ser negado, y esto, cuando menos, arroja la sombra de una duda acerca del hecho -no lógico solamente sino también real- de que el quehacer de los pobres en torno a sí mismos no constituye "movimiento social" ni contiene política, a menos que se organice en términos de delegación piramidal frente al Estado.

Después del Golpe de Estado de 1973, y en especial, después de la crisis económico-política de 1982-83, este tipo de análisis -que ya ha acumulado varias versiones a lo largo de la historia de Chile- ha recobrado una nueva vida. Pues se practica incluso entre los opositores a la dictadura actual (1). En el principio, fue un análisis aristocrático-clasista: los pobres (gañanes, sirvientes, iletrados) carecen, por su pobreza, de responsabilidad cívica. Después, fue un análisis mesocrático-nacionalista: los pobres pueden tener responsabilidad cívica, pero a condición de que amen más a su Patria que a su clase, y obedezcan más a las Leyes de la República que a sus impulsos primarios. Más tarde aún -casi ayer- fue un análisis mesocrático-desarrollista: los pobres pueden participar en el desarrollo global de la sociedad, pero a condición de que subordinen sus reivindicaciones sectoriales a las necesidades estructurales del sistema económico y político nacional. Hoy -¿es todavía el ayer?- tiende a ser un análisis mesocrático-restauracionista: los pobres pueden moverse todo lo que quieran en torno a sus problemas, pero en lo político deben apoyar, aún por sobre sus problemas, "una propuesta social y moral de reintegración nacional".

La perspectiva histórica suele ser, a menudo, irreverente. El "realismo histórico" suele dejar al desnudo las flexiones y genuflexiones ideológicas del llamado "realismo político". Lo cual puede ser entendido como una virtud, o bien, ocasionalmente, como un inoportunismo impolítico. En todo caso, lo que está involucrado en el tipo de análisis que se ha resumido en estas páginas (nada menos que la proyección política de los pobres de hoy), hace aconsejable arriesgarse en lo impolítico para practicar una virtud (potencial).

La opción anterior está también fundada en un hecho real, aparentemente nimio pero históricamente significativo: las actividades populares de base que procuran resolver solidariamente sus problemas más inmediatos, han continuado desarrollándose aún más acá de -1983. Es decir, aún después de que las formas "tradicionales" de hacer política (y teoría) encontraron un espacio para su restauración relativa y para el restablecimiento del análisis expuesto más arriba. Tal continuidad resulta tanto más significativa cuanto que, desafiando la restauración señalada, esas actividades populares han creído necesario preguntarse seriamente acerca de la „estrategia global" que debería regirlas. Esta es una pregunta nueva al interior de esos movimientos, surgida -no cabe duda- del trabajo también inédito realizado por una nueva generación de educadores populares en Chile.

¿Estamos en presencia de una refundación y redefinición de lo político" a partir de una valorización positiva de lo social" y lo popular"? De ser así ¿significa esto que -como se ha dicho- todo es político", o, más bien, que la actividad de los pobres en torno a su identidad indigente adquiere legítimamente un rango "social", de "movimiento" y de "sujeto histórico"; es decir, un puesto más adecuado dentro de los análisis teóricos, en los que ya no domine el concepto reduccionista-absorbente de "lo político"? ¿O significa una reformulación con mayor sustancia social del principio de la "representatividad"?

Como quiera que ello sea, parece pertinente examinar -aunque sea de modo esquemático- la matriz histórica de la "nueva" autoeducación popular. Y este es el objeto de esta ponencia.

1. Por ejemplo, G. Campero. »Sobre los movimientos sociales en Chile". En F Calderón G. (Comp.) Los movimientos sociales ante la crisis. Buenos Aires, 1986, pp. 393 et seq.

1. El estado "nacional": matriz segregadora

"Esos sentimientos (de angustia) me han forzado a mirar y reflexionar sobre la noción de Estado, tal como se ha dado en Chile, donde el Estado es la matriz de la nacionalidad; la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los Siglos XIX y XX,(2)

Tal vez sin proponérselo, el historiador Mario Góngora -uno de los más importantes en Chile durante este siglo- redondeó, en el texto que sirve de epígrafe, la definición básica del reduccionismo absorbente de Lo político", y del llamado "realismo político" que descansa sobre él. Es decir, la idea de que, en última instancia, el Estado es la matriz o demiurgo de la sociedad y su destino. O, como se suele decir ahora, de la certeza de que "nada se puede hacer sin el Estado". Con ello, el historiador M. Góngora constató, menos que la acción configuradora del Estado sobre la nación y la sociedad, la "noción" de Estado que ha sido dominante en la clase política chilena, desde el siglo pasado hasta hoy.

La historia "social" de Chile -una disciplina que aún no se ha desarrollado suficientemente, como para ser asimilada por los políticos, y que el profesor Góngora sólo practicó para los siglos coloniales- muestra, más específicamente, que la acción estatal ha configurado los conflictos sociales de la nación más que la nación misma. Y esto, no por otra razón sino porque el Estado ha sido una construcción de poder emprendida -y nunca concluida- por determinados grupos sociales, en función de proyectos históricos sectoriales, y según una determinada capacidad para imponer esos proyectos sobre el conjunto de la Nación. En verdad, han sido las (tensas) relaciones internas de la Nación las que han modelado (a medias) el Estado "nacional", por donde éste no ha hecho otra cosa que expresar esas relaciones y, más aún, profundizar sus tensiones. La tensa, cambiante e inconclusa fisonomía del Estado Nacional -que fue lo que generó los sentimientos de angustia del profesor Góngora- convoca hoy los políticos y teóricos chilenos, una vez más, a invocar la voluntad de la Nación para re-estructurar el Estado. Precisamente, tras el acrecentamiento de conflictos producidos por los grupos que recientemente han tenido acceso a él.

El accionar conflictuado de los grupos componentes de la Nación sobre el Estado -donde unos han influido más que otros- ha generado en el largo plazo un doble efecto: a) la ineficiencia acumulada de la conducta estatal respecto del desarrollo económico global de la nación, y b) la segregación real (con integración ficticia) de los sectores más pobres de la nación. Sobre la base de este doble efecto, podría construirse una (útil) visión heterodoxa del Estado "nacional", para la cual existe una superabundancia de testimonios de todo tipo. Aquí nos interesa sólo puntualizar algunos aspectos sobre su acción segregadora respecto de los pobres de la nación.

a) Durante el siglo XVI, el grupo valdiviano definió un conjunto de relaciones de dominación, que segregó hacia abajo a una masa mayoritaria de colonos pobres que, por ello, tendieron a transformarse en una "soldadesca" indigente, endeudada, vagabunda y reprimida.

b) Durante los siglos XVII y XVIII, las élites burocrática y encomendara impusieron un sistema de trabajo que excluyó a los mestizos, las castas y los españoles pobres". Hacia 1800, se acumulaba en Chile un enorme masa de vagabundos, que infestaba todo el territorio. (3)

2 Góngora, M. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX, Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981, p.5.

3 Góngora, M. El vagabundaje en una sociedad fronteriza Chile siglos XVII a XIX Santiago. 1966

c) Durante el siglo XIX, la élite mercantil-financiera y su correspondiente "clase política" ("grupo estancadero" de Diego Portales y los nacionales" de Montt y Varas) excluyeron constitucionalmente de todo derecho ciudadano a los indios, gañanes, y indigentes y analfabetos. al paso que permitían la consolidación de un doble sistema de trabajo: contrato asalariado con prebendas adicionales para "mecánicos" extranjeros, y enganche peonal (pago en fichas, sin prebendas) para vagabundos chilenos. Hacia 1900, se descubría que las 3/4 partes de la nación chilena se hallaba en situación peonal, mientras 1/3 de la fuerza de trabajo masculina había emigrado del país. Era un hecho: la segregación se había practicado hasta llegar a un punto crítico. (Los grupos sociales que por 1900 manejaban el Estado comprendieron que debían modificar en algún grado sus políticas de 'configuración nacional', y pasar de la larga etapa de segregacionismo activo a otra de integracionismo formal. De aquí resultó el viraje de 1910, Y la envolvente conducta estatal del período 1910 1973. O, lo que es igual, el vía crucis de la noción de Estado en los políticos. Que debieron luchar entre sí la adaptación de la maquinaria estatal a los múltiples clavos y espinas de una Nación internamente desgarrada. En camino a la siempre lejana (y por tanto kafkiana) parusía del Estado "socialmente vertebrado").

d) Entre 1910 y 1973, dirigido por una "clase política" de creciente multiclasismo pero de impertérrito reduccionismo político, el Estado comenzó a extender sus alas, como queriendo abarcar todos y cada uno de los grupos componentes de la Nación (¿era, por fin, el Estado "nacional"?).

Los pobres, junto a las élites y a las clases medias, fueron convocados a educarse, urbanizarse, a ejercer derechos cívicos, a consumir productos industriales, a "participar". Escuelas, liceos, universidades, partidos políticos, oficinas públicas, recintos electorales y tiendas de centro se vieron invadidos por masas de chilenos de toda extracción y origen. Multitudinarias concentraciones y desfiles marcharon periódicamente hacia las calles y plazas aledañas de La Moneda -la casa del Estado -para entregar la ofrenda de sus peticiones y demandas, confirmando así el carácter supremo y demiúrgico del Estado. En consonancia, el presupuesto fiscal se expandió fuera de todo control. Poco a poco se hizo evidente -en un país como Chile- que el Estado era un marco demasiado estrecho para contener, sustituir y modelar el ebullente movimiento histórico del conjunto de los grupos que, en conflicto, componían la Nación. Y en esa estrechez la palabra de los políticos se fue haciendo sal y agua. Y allí fracasaron los mejores demócratas y también los mejores tecnócratas. Y hasta los mejores educadores. Y todos llegaron, unos por un camino, otros por otro; algunos antes de 1973, otros después; a la conclusión de que, dada la estrechez del Estado y los excesos de sociedad, era preciso asegurar el marco estatal y segregar -de algún modo políticamente inteligente- los ribetes de sociedad excesiva. O sea: a los pobres. Y así, después de 1973, se abrió un forado histórico, un atajo, para Regar al punto de partida: al siglo XIX: señores, es preciso, por la salud de Chile, segregar.

Lo que revela que la integración formal -panacea del reduccionismo político de todos los tiempos- tiene como sustancia última y esencial, no otra cosa que la segregación real (de los pobres, por supuesto).

2. En el "bajo pueblo": construcción segregada de identidades de emergencia. Características generales

Los segregados chilenos son lo que son, por haberse hallado y hallarse dentro "del alcance" del sistema de dominación que se ha establecido históricamente en el país. En este sentido -puede decirse- forman "una parte" de ese sistema. Pero esta pertenencia no los exime, sin duda, del imperativo de resolver por sí mismos, sobre el margen de la supervivencia, el trabajo de modelación de su identidad so-

cial. Identidad que, por las condiciones de segregación en que deben operar, no puede ser de "emergencia".

La configuración de identidades "de emergencia" no ha sido ni es un proceso "público" que el sistema central tienda a asumir. Es por esto que no se han desarrollado en Chile, históricamente, instituciones educacionales, ni de planificación, ni siquiera de politización, que asuman el quehacer de los pobres en torno a su identidad indigente a partir de su misma lógica vital. La configuración de esas identidades tiene lugar en una especie de tierra de nadie, en una zona de *laissezfaire* llevado al extremo. Donde desarrollan una sub-historia, intrascendente y valóricamente despreciada, que más vale tratar como enfermedad que como vida social.

De ese bajo fondo, sin embargo, ha emergido la mayoría de las identidades más "típicas" de la nación chilena. No está de más mencionar algunas de ellas.

De los siglos XVII y XVIII: los variados tipos de "vagamundos" y "ociosos malentretenidos". Del siglo XIX: buscones, maritateros, vivanderas, fritangueras, sirvientes, huachos, chinas, cateadores, pallaqueros, pirquineros, regatones, faltos, balseros, lavanderas, cangalleros, bandoleros, chincheleros, chinganeras, fondistas, aposentadoras, placilleros y (entre otros) los ubicuos peones-gañanes. Del siglo XX: pionetas, veguinos, ferianos, patines, cabrones, cabronas, copetineras, striptiseras, lavanderas, asesoras del hogar, lustrabotas, suplementeros, cuidadores de autos, cantores de micro, lanzas a chorro, pirquineros, vendedores ambulantes, cobradores de carros y góndolas, hojalateros, afiladores, heladeros, cartoneros, chinchorreros, perreros, basureros, rastrojeros, jornaleros y (entre otros) limosneros. Es decir: todos los que en el siglo XIX se arrancharon en cualquier parte, formando guangualíes, rancheríos, aduares africanos y "potreros de la muerte". Y los que en el siglo XX se acobacharon, primero en los conventillos; después en las callampas, y, más tarde, en los "campamentos" y «poblaciones».

Es sorprendente la gran variedad de identidades "de emergencia" (o de desecho) que ha surgido de los procesos de segregación. Y puede ser aún más impactante adentrarse en el conocimiento de sus múltiples historias particulares.

Sobre todo, porque ellas denotan un enorme gasto de energía social y un intenso esfuerzo de imaginación creadora. El contraste entre las identidades populares "hechas a mano" y a golpes, y las esterco tipadas "identidades estructurales", puede ser abismaste, en especial, en cuanto a la riqueza de los procesos de humanización que sus configuraciones respectivas involucran. El proceso de configuración de una identidad popular de emergencia merece, por su riqueza, ser estudiado en mayor profundidad, y sus rasgos ser mejor asumidos teóricamente.

Las características más generales de ese proceso pueden esquematizarse del modo siguiente (según la observación histórica):

a) La construcción segregada de identidades de emergencia no es una responsabilidad pública, sino (en términos de vida o muerte) del mismo individuo involucrado. Como promedio, es una responsabilidad que recae sobre él entre sus 8 y 14 años; cuando comprende que debe buscar o inventar algo para ayudar a sus padres, hermanos menores, y a él mismo. Es por ello que la clave de la "identidad popular" debe buscarse en la historia privada de los niños indigentes.

("Muchas niñas de enseñanza básica -dijo el padre Hernán Alessandri-, unas, antes de partir a la escuela por la tarde, recorren fábricas, supermercados, paraderos de taxis o de locomoción colectiva, ofreciéndose por \$200, 100 y hasta por \$10. Muy poca gente lo sabe, pero es una situación que se repite cada vez más")(4).

b) Aunque es una búsqueda que se realiza a campo abierto ("echarse al camino", decía el gañán del siglo XIX), la construcción segregada de identidad social involucra una fuerte relación horizontal (de "compañerismo" o "camaradería") entre los múltiples "buscadores". En este tipo de relaciones surge una significativa "solidaridad pragmática", que no sólo está en la base del desarrollo de una visible "identidad grupal", sino también de acciones y movimientos convergentes, que pueden llegar a constituir una fuerte amenaza para el sistema dominante. Aunque no se proyecte en organizaciones de tipo piramidal, la camaradería popular tiene la capacidad de manifestar una "organicidad conductual" que la historia social registra nítidamente.

e) La construcción de identidades en el margen está dominada por una fuerte compulsión a la creatividad, a la readaptación, al "aprovechamiento" de todo. Lo que, estrictamente hablando, se denomina "cultura autóctona nacional", ha surgido en gran medida de esa compulsión. El movimiento "social" del bajo pueblo ha sabido crear, a lo largo del tiempo, múltiples formas societales, económicas y culturales donde el Estado y el sistema central no habían creado nada para él. Es más: a menudo, el sistema se ha apropiado de las creaciones desarrolladas por los grupos segregados, a veces por su rentabilidad, a veces atraído por la vida y el calor humano que contienen, y otras, para sustanciar o/y adornar su peculiar (extranjero) concepto de "cultura nacional".

d) En los procesos marginales de auto-construcción social, el pragmatismo tiende a dominar por sobre las "normas ideales" de conducta. Allí, las leyes, normas y usos del sistema dominante se legitiman con dificultad, a contrapelo del movimiento social concreto. Esta "dificultad" ha sido a menudo teorizada en términos de la "Intrínseca" inmoralidad popular ("gente sin Dios ni Ley"). Otras veces, más sofisticadamente, se habla de la "anemia" de las masas populares. De cualquier modo, esa "dificultad" ha constituido un roce, un conflicto, que el sistema asume desencadenando políticas represivas, de extirpación, o de moralización. De este modo, a menudo, la construcción segregada de identidades de emergencia ocurre dentro de una "guerra de baja intensidad".

e) Por lo anterior, se puede apreciar que los movimientos subalternos del "bajo pueblo" tienden a "fundar sociedad" más bien que a practicar gimnasia política de orientación estatal (con excepción, quizás, del período 1910-73, que lanzó la política de modernización exterior de la pobreza).

Todo lo anterior ha sido y es realizado por los grupos populares sin contar con el auxilio técnico, económico o político del Estado. Es por ello que esos grupos han desarrollado sus historias recurriendo fundamentalmente a sí mismos. Educándose a sí mismos. Siendo, por lo tanto, "sujetos históricos" en un sentido mucho más primario y amplio que los sujetos puramente para-estatales y políticos. Demostrando que puede haber vida, sociedad y "movimiento social" sin el concurso del Estado, o con un mínimo apoyo estatal, o bien -lo que es históricamente más real- contando con la oposición y represión estatales.

Es por ello que el nuevo tipo de "educación popular" que ha emergido en Chile después de 1973, que se sitúa o trata de situarse directamente en el proceso mismo de construcción de las identidades populares, es un hecho histórico altamente significativo. Sobre todo, si esa educación logró sortear sin grave daño la restauración relativa de la política tradicional, desde 1983. La centenaria práctica estatal de segregación de los grupos más indigentes no ha hecho otra cosa, todo el tiempo, que forzar a los pobres a constituirse como "sujetos históricos" en el más real y completo sentido de la palabra. Añadir a la práctica habitual de tales sujetos la preocupación por su "estrategia global" no es, por tanto, aventurar herejías utópicas ("todo es político", los movimientos sociales totalitariamente contra el Estado "nacional" sino, simplemente, promover su capacidad instalada a un nivel superior de desarrollo, que legítimamente merecen.

3. ¿Hay algo más que "subsistencia" en la construcción de identidades populares sobre el margen?

En primera y última instancia la lucha de los pobres por su identidad, no es otra cosa que la lucha por su humanización. En este sentido, su lucha se sitúa no sólo en el impulso más esencial y trascendente de lo político", sino que también en los principios básicos de fundación y refundación de toda sociedad y de toda cultura. Tanto lo primero como lo segundo encuentran su fundamento humano y social más puro en la sustancia y sentido de esa lucha radical. No es exagerado, por lo tanto, afirmar que, históricamente, los "movimientos sociales" y los "aparatos de Estado" se constituyen y legitiman, no en las "especificidades" de la clase política, sino en los proyectos de largo plazo del "bajo pueblo". El poder histórico radica, por ello, en los que, desde el plano de su segregación, luchan por humanizarse.

Antes de 1973, los pobres lucharon su identidad como meros individuos, pese a su activa camaradería lateral. Faltos de una "educación popular" centrada en ellos mismos, su lucha tuvo una escasa proyección estratégica. Su movimiento no alcanzó, pese a su organicidad cultural y conductual, suficiente colectivización. Sus logros fueron parcelados, puntuales, de consumación básicamente individual. De aquí que, muchas veces, las Identidades de emergencia" permanecieron, más allá de su cristalización definitiva, como formas individualistas, a menudo rodeadas por una nerviosa cáscara de auto-marginación subjetiva, sobre todo en este siglo. En otros casos, condujo el desarrollo de mentalidades cerradas de escalamiento social individual; o bien, de constitución de grupos meramente delictuales. En suma, favoreciendo la descolectivización de los movimientos convergentes.

La ausencia de una auto-educación adecuada y el rebrote de sesgos descolectivizantes, han sido normalmente los factores que han producido el temprano marchitamiento de los brotes espontáneos de "sociedad popular" que, con alta frecuencia, han surgido en todos los intersticios segregados del sistema dominante. Ese marchitamiento se ha traducido en la pérdida del sentido del "poder histórico" que radica en el "bajo pueblo"; en la no-conciencia de su capacidad para fundar sociedad; en la ignorancia de que la "sociedad justa" radica en su propio ser social y no en las utopías ideológicas que le proponen los políticos (y sus teóricos).

En la construcción segregada de identidades populares hay algo más que una mera búsqueda por la supervivencia: hay un potencial de refundación social. En el pasado, ese potencial se gastó en mera supervivencia y/o en sociedades populares marchitadas. Desde 1973, ha surgido la inquietud por desarrollar los instrumentos teóricos y pragmáticos que permitan utilizar ese potencial sobre un horizonte más vasto. Su demanda -central- por humanización así lo exige.

4. Los instrumentos auxiliares de la colectivización, o la modernización de la auto-educación popular

El primer escollo que enfrentó la "nueva" educación popular en Chile, fue discernir los parámetros estratégicos de su espontaneísmo inicial. La crítica y las sospechas difundidas por los sustentadores del semi-restaurado reduccionismo político, aunque amenazantes en un principio, han concluido por ser un estímulo inducente. Sin embargo, en el terreno de los parámetros estratégicos, los educadores populares de nuevo tipo parecen haber avanzado más en la conciencia del problema que en la solución del mismo. Esta forma de avance no ha paralizado el movimiento, sin embargo. Acaso, porque una de las mayores virtudes del movimiento social "específico" de los pobres es que tiende a plantear el problema de los universales" después del de las "concreciones particulares"; y el problema de lo posible con posterioridad al problema de lo probable, y el uso de la fuerza que todavía no se tiene bastante más adelante, del uso de la que desde ya se posee. El movimiento popular, sin duda, no tiene un tranco de siete leguas. Su lógica procede de lo pequeño, y desde aquí ("vamos viendo") a lo más grande. La respuesta a la pregunta por los "parámetros estratégicos" no puede llegar precipitadamente. La pregunta concreta que se requiere responder hoy es la que se refiere a cómo dar, por un lado, una dimensión orgánica adecuada, y por otro, un sentido práctico y

funcional al problema semí-resuelto de la solidaridad. Pues urge la colectivización de las actividades "subsistenciales".

De todos modos, el giro epistemológico involucrado por el surgimiento de la nueva "educación popular" presenta problemas técnicos de no poca complejidad.

En primer lugar, requiere de un ajuste significativo de la práctica teórica de las ciencias sociales, que deben salir de sus enquistadas "zonas abstractas" y bajar a la concreción, al movimiento, a una confrontación cara a cara" con sus "objetos". Las escolásticas "verdades objetivas" y "matemáticas" necesitan ser enriquecidas con "verdades factuales", que no son relaciones Intemporales, sino construcciones temporales, hechas de ideas tanto como de acción, de investigación tanto como de movimiento social. Pues no puede haber ciencia con real funcionalidad social -y nacional- sin su articulación a los movimientos humanizadores de las masas segregadas. Pero también, a la inversa, no hay posibilidad alguna que esos movimientos puedan colectivizarse y convertirse en un influyente proyecto histórico sin el concurso eficiente de la ciencia social. Con tanta mayor razón, cuanto que esa "colectivización" es un proceso histórico nuevo.

Del mismo modo, en segundo lugar, se requiere concebir una nueva pedagogía. Una pedagogía que enseñe, por sobre todo, a colectivizar las prácticas populares y a proyectar, en toda su extensión potencial, la construcción segregada de las identidades populares. Eso significa enseñar a hacer historia, a refundar la sociedad global a partir de las mismas prácticas cotidianas. La nueva pedagogía no puede estar determinada por los grandes "sistemas teóricos", ni por el romanticismo populista que encierra el bajo pueblo en sí mismo, aislándolo de la sociedad global. El movimiento social de los pobres no puede encerrarse en una línea de acción puramente culturalista y solamente intersticial. La tendencia humanizadora que lo anima exige su canalización por los sentidos políticos, y esto determina enfrentar, en el momento oportuno, el problema de reorganización global de la sociedad y del Estado. La nueva pedagogía debe operar, por lo tanto, conforme a valores de "movimiento" más que de "dominación". La nueva pedagogía necesita producir un cambio sustantivo en el esquema de valoraciones que opera -desde 1910- en la conciencia social de los grupos segregados. Pues, si el "bajo pueblo" no encuentra en sí mismo y en sus proyectos la fuente de sus valoraciones y la base de su auto-estima, entonces tendrá que seguirla encontrando en el sistema que lo segrega. Y eso, sin duda, equivale a negarse a sí mismo.

Por último -y no es lo menos importante- se requiere resolver un problema fundamental: el de la refundación de las prácticas políticas del movimiento popular. Esto dice relación, sobre todo, con el proceso de democratización interna del mismo movimiento popular, lo que equivale a redefinir, por sobre todo, el ya viejo principio de la "representatividad" y el caduco concepto reduccionista de lo político". En gran medida, eso es también poner en cuestión las bases de sustentación de la "clase política, su rol, su intereses específicos. Todo ello, no en razón de un mero antagonismo (anómico) frente a los liderazgos y las funciones articuladoras del Estado "nacional", sino más bien por el efecto depurador y socializante del movimiento fundamental de humanización, que los pobres, en gran medida, monopolizan.